

SEMBLANZAS LITERARIAS

RICARDO LEON

Es el escritor más gallardo, más jarifo y más clásico de la moderna literatura española. Castellano de cepa y cuño legítimo, lozanea en sus escritos copiosos y variados, esa pompa y donosura que tanto embellece en las obras de Cervantes, de Mendoza y de Quevedo. Tiene en sus períodos rotundos y cadenciosos, reminiscencias de Granada, así como en lo recio de la frase y en la contextura de la cláusula se aspira un aroma suave de la prosa densa y varonil de Fray Luis de León.

Ama a los clásicos, y por eso se espeja su alma en todos sus escritos. Católico a macha martillo, ferviente defensor de las añejas tradiciones de su patria; admirador ingenuo y consciente de las pasadas glorias de sus mayores, evocador inspirado de las hazañas legendarias de la edad Media; cantor incomparable de los verdegueantes campos de Castilla y de sus doradas mieses; poeta atildado y sentimental, ha ido dejando pedazos de su alma fantasiosa y caballeresca en «Los Alivios del Caminante» y en «Amor de los Amores», donde entona un aleluya sostenido en alabanza de las dilatadas campiñas castellanas.

JULIO CASARES

Es un crítico de talla; hablista correcto y galano, rasguea el idioma como Valera, a quien se asemeja bastante en la delicadeza y finura de la sátira, siempre cortesana y jovial, nunca deprimente. Sus juicios son ligeros al parecer, pero de mucho fondo. Conocedor como pocos de los arcanos filológicos que entraña nuestro idioma, sabe engarzar las perlas del lenguaje y avalorar todos los matices que engalanan y hermosean la rica cuanto jarifa lengua de Cervantes.

Casares no es un crítico presumido, sino que sabe ver con modestia y ojo clínico, así los encantos y bellezas de los autores que juzga, como también los lunares y sombras que los afea. De fe arraigada, de cuño cristiano a lo Menéndez Pelayo, zahiere el vicio, fustiga la libertad de criterio moral de algunos escritores como Felipe Sassone, y rompe lanzas en pro de la verdad cuando conviene; el juicio sobre los

«Apuntes del Doctor Angélico», de Armando Palacio Valdés; en crítica efímera; la delicadísima ironía contra Cejador en divertimientos Filológicos, lo mismo que el elogioso y encomiasta panegírico de Rodríguez Marín, son de un valor literario inestimable. También podrán leerse con fruición los juicios sobre Ricardo León, Azorín y Valle Inclán en «Crítica Profana». Casares es autor de algunos diccionarios extranjeros.

JOSE M. SALAVERRIA

LA INTIMIDAD LITERARIA

«Quiere ser este libro, como dice muy bien su autor, una cosa libre y nada ritual donde se contengan singularidades y tal vez las amarguras del oficio literario y de la vida de escritor. Un libro de psicología de la literatura, trazado desde un punto vivo, el personal, y operando si conviene sobre la propia carne.»

Es la obra de un ingenio errátil, intemperante y altanero, que no se ciñe a los rudimentarios preceptos de escuela, y que sabe dar vuelo a la imaginación, haciendo una pintura perfecta de su idiosincrasia y personalidad literaria. Ingenio levantisco y avieso a las añejas sendas de escritores asalariados, tiene grandes aciertos de apreciación, como también enormes dislates en lo que atañe a materias religiosas. Parece que sintiera ciertos resquemores y una desazón muy acentuada acerca de la moral del Cristianismo. Tiene a veces dejos de voluptuosidad nacidos de un temperamento neurasténico y nervioso que se refleja hasta en su misma fisonomía. En cuanto a su valor literario, nadie se lo puede con justicia escatimar, si bien se advierte ser completamente errada la idea que Salaverría se ha formado del escritor y es lo que él practica comunmente con el fin de lucrar.

«Hay que escribir para el gusto de los lectores», esta es la divisa de este escritor; y como los gustos del público en nuestros días está tan estragado, ya se supone con qué género de literatura los apacentará Salaverría. Ciertamente que su entrenamiento como articulista de periódico tiene bastante de novelesco; pues como él cuenta de sí, cuando el hambre aguija, el entendimiento se aguza y brotan las ideas, y uno se hace escritor. He ahí en compendio brevísimo la historia de cómo se inició Salaverría.

AZORIN

Si desbrozamos la maleza que necesariamente germina en los artículos de un escritor hebdomadario, que se ve constreñido a entintar

bien o mal unas cuartillas para enviarlas de prisa a la revista o periódico extranjero, a fin de mantener a sus numerosos lectores, encontraremos fácilmente en el escritor de gráciles perfiles, ojos pequeños pero vivos, al Atico Azorín; porque Azorín forma a mi ver con su frase breve, comprensiva, bien contorneada y lacónica, aunque no exenta de amaneramiento afectado, un bello contraste, con la profusa si bien galaña exuberancia de Ricardo León. Muy acertadamente ha hecho notar esta fase característica de su estilo conciso, replegado, enfático y austero, con cierto dejo de hilaridad picaresca, el eminente crítico don Julio Casares. Azorín no es un clásico del lenguaje; no es tampoco un preciosista por la forma; tiene algo de Selgas en lo breve y conciso de la frase sin tener su profunda filosofía; y ostenta no poco de esa despreocupación alegre de la vida, que caracterizaba la fisonomía literaria de Campoamor, mezclada con cierto matiz de consciente pesimismo. Esto último es lo que a veces empaña los conceptos de Azorín, que no se reflejan como de ordinario con toda nitidez y pulcritud; lo que enrevesa también el lenguaje que resulta abstruso y apocalíptico. No se vaya a creer por esto que Azorín sea un escritor de profundos pensamientos, de ideas originales, de una elevada y culta filosofía. No; él sabe encontrar a la vida lo que presenta de placentero y atractivo, y por esto desdeña los afanosos trabajos de los literatos que malgastan su tiempo huroneando archivos, sacudiendo el polvo de los legajos viejos en las bibliotecas, para averiguar y controlar una fecha, un dato, una minucia, que al fin y al cabo (observación muy atinada) «nada tienen que ver con el valor intrínseco de una obra literaria».

La manera de Azorín, y entiendo por manera, su estilo peculiar, agrada comunmente a sus lectores, y se saborean con deleitoso placer sus crónicas, artículos, cuentos y novelitas cortas, artículos literarios, que revelan no se puede negar mucho talento de observación; gusto artístico educado; erudición no vulgar, aunque bastante superficial, y observaciones críticas de gran valor literario por el sentido común y práctico que se manifiestan en su autor. Lástima grande que esa hidalga literatura cojee siempre del mismo pie: los prejuicios religiosos; este tema ha costado a Azorín terribles polémicas que no olvidará, desde su escaño de Académico de la Lengua con que poco ha fuera favorecido justamente por su proficua labor literaria. Aún perduran los ecos de su sonada trifulca con don Julio Cejador sobre la intervención diabólica (cuya existencia Azorín rechaza de lleno) en la famosa novela o tragicomedia de la *Celestina*. Quiera Dios,

de cuya existencia Azorín no duda, que después de muerto, ese fantasma según él, que se llama diablo, no le pise los garrones. Ojalá desde su nuevo puesto sepa seguir las excelsas pisadas de tantos ingenios que supieron dar gloria, enalteciendo a España con sus gloriosas tradiciones, poniendo bien alto la fama de sus letras.

FRANCISCO RODRIGUEZ MARÍN

El venerable secretario de la Biblioteca Nacional de Madrid, con su barba canosa y respetable, con su mirar escrutador y perspicaz, es un enamorado de Cervantes que ha consagrado su larga y bien aprovechada existencia, en aquilatar con preciosos documentos, donde se deja entrever su pasmosa erudición, su contracción al estudio, su dominio de la bibliografía, sus conocimientos filológicos, la nunca mancillada gloria del autor del ingenioso Hidalgo de la Mancha. Rodríguez Marín ha trabajado como nadie por desenterrar de los archivos cuanto pergamino rugoso ha podido encontrar relacionado con la inmortal novela del Quijote y su gracioso autor. Para esto no ha perdonado fatigas ni trabajos, revolviendo los registros parroquiales de los pueblos y aldeas, villorrios y ciudades manchegas donde tuvieron lugar, como finge Cervantes, las deliciosas aventuras de su perdurable novela... Y cosa extraña: es tal la exactitud de pormenores en la descripción topográfica, en la delineación genealógica de los personajes cervantinos del Quijote, que Rodríguez Marín ha podido constatar después de numerosas investigaciones, y una búsqueda prolija de partidas, panfletos de nóminas, listas de empadronamiento, cobro de contribuciones en distintos distritos y ayuntamientos, la existencia legal y verdadera de casi todos los admirables personajes del Quijote, a los cuales, no cabe dudar, había Cervantes conocido y tratado personalmente cuando recorría, pobre sin una blanca en la talega, ejerciendo el oficio de recaudador de contribuciones, donde trató a muchos de aquellos admirables tipos regionales que más tarde delineó con mano maestra en sus novelas ejemplares.

Rodríguez Marín era ya conocido por sus obras en el mundo literario, cuando en 1907, el que más tarde debía ser portento de su siglo (1), saludaba el ingreso del ya avezado escritor en el aula de la Real Academia de la Lengua. El plectro que pulsara airoso en la época de su juventud, dejólo Rodríguez Marín para entregarse de lleno a sus estudios favoritos del Quijote, cuya edición, comentada y

(1) Menéndez y Pelayo.

anotada por él, es la mejor de cuantas hasta el presente se han publicado, y colocan a su autor en el rango de los primeros cervantistas del mundo. Rodríguez Marín ha sabido hermanar, cosa difícil de hacer en trabajos de índole compilativa histórica, una portentosa erudición, un profundo talento de crítica, con un lenguaje pintoresco, rico, gracioso y hasta chispeante; cervantino en una palabra. Hombres de su temple son los que hacen falta, por desgracia, en nuestra hidalga tierra Argentina.

SANZ Y ALDAZ

Es un escritor pulcro, clásico por sistema, atildado en las imágenes, delicado en la composición; poeta de sentimiento, por naturaleza, ha escogido los temas místicos que dicen bien con su complexión artística y literaria. En «Camino de Amor» nos ha dejado un reflejo de su espíritu selecto, amante de la poesía oriental; siguiendo las huellas de San Juan de la Cruz, nos ha brindado la copa suavísima donde rebosa el vino del amor sagrado, en los sublimes coloquios del alma, simbolizada por la esposa de los Cantares, con su Dios a quien representa el pastorcico, que sale en busca de su amada; Sanz y Aldaz, ha reflejado la forma del cisne de Ontiveros, pero no ha encarnado su espíritu. Se leen sus páginas con gusto; se pasa uno, paladeando la miel de ese lenguaje henchido de simbolismos y de imágenes, pero al terminar de leer, se queda el alma fría, ayuna de consuelo celestial; es que no es un misticismo santo, el que anima las páginas de «Camino de Amor»; no son los incendios que elevan a San Juan de la Cruz, hasta hacerle violentar las expresiones, para poder significar en lenguaje humano lo que él sabía y entendía en lenguaje celestial... es una especie de vestidura puesta a una estatua que no siente, que no habla, que es incapaz de apropiarse lo que se le atribuye. Nadie ha escatimado a nuestro autor, el dominio, que posee del lenguaje; la asimilación de los clásicos; ni se le puede negar en las poesías, inspiración, aunque algunas veces se hace amanerado, por querer imitar demasiado a su modelo.

Sanz y Aldaz es, a no dudarlo, uno de los mejores escritores de la lengua castellana, en la actualidad. Creo que sus obras no están bastante divulgadas entre nosotros. Por lo demás, es laudable el empeño de hacer ver cómo se puede, en pleno siglo veinte, escribir sobre asuntos que varios siglos atrás todo el mundo saboreaba, y ahora parecen estar reclusos en los claustros de los conventos.

SAMUEL G. LORENZANA,